





ediciones**carena**



# Las sombras del mal

Segunda parte de la saga

El árbol de las flores negras

Marc Ramos

Primera edición: julio de 2018

© Marc Ramos Bruach, 2018

© Ediciones Carena, 2018

Ediciones Carena  
c/ Alpens, 31-33  
08014 Barcelona  
T. 934 310 283  
www.edicionescarena.com  
info@edicionescarena.com

Diseño de la colección: Silvio García-Aguirre  
www.cartonviejo.net

Diseño de la cubierta: Rocío Morilla  
www.rociomo.com

Supervisión: Jesús Martínez  
www.reporterojesus.com

Corrección: José Enrique Martínez  
Maquetación: Ricard Muñoz Ochoa

DEPÓSITO LEGAL: B 15886-2018

ISBN: 978-84-17258-20-7

Impreso en España - Printed in Spain

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial  
de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico,  
actual o futuro —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—,  
y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo público.

# Las sombras del mal





## I

Si uno presta atención a las fallas y al terreno abrupto escondido bajo las arboledas, se da cuenta de que el valle del Piggert fue tiempo atrás un lugar inhóspito. Por un lado, en la ladera occidental de la Sierra de las Minas se pueden apreciar las distintas capas de sedimentos causadas por ancestrales erupciones que dibujan en la ladera franjas de tonos rojizos, blanquecinos y plateados. Antes de que los primeros animales pisaran esos lares y codiciaran sus frutos, la furia del fuego y los movimientos de tierra levantaron los montes e hicieron crujir la tierra. Y durante varios siglos el negro y el rojo fueron los colores de aquel valle. Una vez que el rugido de las montañas se apagó, las piedras oscuras y porosas fueron arrastradas por la lluvia y el viento hasta reposar en las faldas del monstruo dormido.

Y si en ese lado del valle el fuego había esculpido las montañas y pintado los colores en las rocosas paredes, al otro la nieve de miles de inviernos había formado luego arroyos que terminarían humedeciendo la tierra y enriqueciéndola. Los arroyos y riachuelos penetraron tímidamente en el valle por el suroeste. El agua esculpió lenta y cuidadosamente la cuenca del río aprovechando la inclinación del valle hacia el norte. El color verde de los prados fue expandiéndose desde el linde del río y se ensanchó en cada época de lluvias. El viento desde los Montes Cercanos reactivó la proliferación de vegetación, los animales comenzaron a curiosear la ladera oriental y bajaron al valle viendo

brotar allí de nuevo la vida. No obstante, en el lado opuesto las montañas aún albergaron las rocas y la ceniza. La ladera oriental de la Sierra de las Minas era un mundo accidentado y herido por el derrumbamiento de gran parte del monte. Profundas brechas se habían abierto y el viento azotaba con ímpetu las pocas plantas que se fueron adaptando al medio.

En definitiva, gracias al río más tarde conocido como Piggert, aquella región del gran territorio de Tartamian que en un futuro se llamaría Forbbings, había conseguido al cabo de siglos de visceral actividad sísmica los pastos más fértiles de la región. Había convertido lo que antes había sido un inerte paraje volcánico y deshabitado en un lugar codiciado por los hombres y mujeres de la época actual por su riqueza en minerales y por la calidad de sus tierras para el cultivo. Después de que exploradores y peregrinos proclamaran haber visto allí sedimentos de materiales de valor incalculable y prados de un verde imposible, fueron los Swonburg los que finalmente establecieron un reino estable y fuerte y se aprovecharon de las virtudes de aquel increíble lugar. Y durante muchos años así lo mantuvieron: cuidando la tierra para que les proporcionase los mejores frutos, cavando en la roca y extrayendo los materiales de mejor calidad, y surcando el bravo río en busca de un manjar digno del mejor de los atardeceres.

Y entonces llegaron el Mal y sus secuaces, y con ellos la destrucción de todo.

Forbbings respiraba el aliento venenoso. Las aldeas ya no tenían esperanza alguna. Las casas abandonadas, las calles desiertas y los cerezos sin flor sucumbían lentamente a la maldición. La semilla plantada en los cultivos a las afueras de la urbe extendía sus garras destructoras, ansiando más y más; jamás veía saciada su sed. El silencio recorría los rincones del Bosque Gris y el Sendero Fangoso, lugares donde se había prohibido la vida.

Pero estaba amaneciendo. Y si amanecía quería decir que el fin todavía no había llegado. Aquello era lo que aquellos que todavía estaban dispuestos a luchar se decían. La Ciudad de las Minas despertaba aquel día con una luz esperanzadora. Ya estaba en boca de todos, el mago llegado de los Montes Helados había traído consigo un mensaje alentador. Si Donald conseguía liberar al dragón a tiempo, podrían destruir el Mal que atenazaba sus corazones y atemorizaba al mundo entero. Si conseguían resistir a la sombra hasta que el campesino consiguiese su objetivo, estarían a salvo de la amenaza del Mal. Pero el árbol de las flores negras seguía creciendo y, si sus flores se abrieran, no habría vuelta atrás.

Don y Ronald se enfrentaban a la mañana con pesar sobre sus hombros y tristeza en su mirada. Aquella podría ser la última vez que pisaran el valle del Piggert. No debían quedarse en Forbbings, era peligroso y los conjuros del Mal parecían ser cada vez más fuertes en aquella zona. Los campesinos habían pasado unos días apacibles en aquel lugar, donde las cosas habían cambiado para mejor: las calles tenían mejor aspecto, las gentes no caminaban con la mirada fría y tosca de antes y la guardia no rondaba más por las sendas nobles ni por ninguna que estuviese cerca de una urbe gobernada por los Swonburg.

No tenían claro cómo se desplazarían por el interior de los oscuros y estrechos túneles de las minas, ni cómo se podrían guiar por las distintas galerías. Afortunadamente, estarían bien preparados para cualquier situación gracias a los instrumentos y alimentos que Matthew les había conseguido para antes de su partida. Para calmar las inquietudes de los campesinos, el consejero real también les había comunicado que podrían seguir las indicaciones junto a las vías y que los mineros les podrían aconsejar durante el recorrido.

Tom se reunió con ellos a la salida de la ciudadela. Quiso acompañarles, pues era imposible determinar cuándo les vería de nuevo. Los campesinos guiaban un carro tirado por un moteado caballo gris, gentileza de la Corte de Forbbings. Por la larga avenida transcurrían filas y filas de raíles que conducían, al llegar a las paredes rocosas, a unos grandes arcos al lado derecho de la calzada. Podía verse bajo la sombra que en cada uno de los arcos había un letrero con un número escrito. Pasados los arcos, se encontraban unos depósitos socavados en la roca. Eran estancias generalmente rectangulares y el número asociado tenía como función identificar la mercancía que llegaba del subsuelo y agilizar su redistribución. La cabina más pequeña, la número uno, era usada por los mineros para guardar sus atavíos antes de calzarse el traje de doble capa reforzado con protectores metálicos. Claramente les pesaría a los pobres mineros, mas así estaban mejor guarecidos ante cualquier accidente. Era una nueva medida tomada por el gobernante para mejorar sus condiciones de trabajo bajo la montaña.

—¡Señores, por favor!— un minero les llamó la atención y ellos se detuvieron.

Por orden de Matthew, los campesinos debían seguir las nuevas medidas de seguridad de las minas y protegerse para el viaje bajo la montaña. Era la primera vez que se adentraban en una mina, sin tener en cuenta la cueva en la que hallaron la maldita semilla. Una vez ataviados con el pesado traje y un casco, prosiguieron.

—Parece tan pesado como una armadura de caballero, ¡ya lo creo!— dijo Tom al verlos salir del almacén número uno.

Desde los almacenes los materiales eran distribuidos por una segunda red vial hasta las herrerías, donde se fabricaban las armas para los guerreros y los utensilios para los carpinteros. Todo formaba parte de una misma cadena que se mantenía gracias a

las mejoras instauradas por la nueva corona en la estructura de la sociedad, que recordaba a la buena época del conde Mapertson.

Pero los campesinos todavía no habían llegado a la mejor parte: Al final de la Ruta del Almacentino observaron boquiabiertos la extraordinaria obra arquitectónica que ascendía hasta los accesos a las minas. Sus ojos recorrieron la montaña, mirando las pendientes y ascensores de poleas que se perdían prácticamente en las nubes ya calmadas. Bordeando la montaña rocosa, subiendo por su desnuda ladera, circulaban vagones de mercancías, que eran más anchos y alargados que los que transportaban mineros a través de la urbe.

—Nuestros caminos se separan, pero nos reencontraremos pronto, amigo Tom— dijo Ronald Palmer.

—Seguro que sí— contestó el caballero—. Queridos campesinos, os deseo suerte en vuestra aventura.

—Gracias. Cuídate mucho, Tom, y cuida también de los nuestros— dijo Donald Talonne.

—Ningún otro monstruo nos va a hacer daño si yo estoy para impedirlo —dijo el caballero.

Instantes después cada cual se alejó rumbo allá donde dictase su destino. El jinete emprendió su camino y, mientras aquel galope se alejaba, los campesinos observaron con pesar el partir de otro amigo. Sabían con certeza que todo camino que tomaran a partir de ahí les alejaría cada vez más de su hogar y de ellos mismos.

Ronald se cargó la saca más pesada a su espalda y colgó el candil del cinto. Donald comprobó que el Sombrero de la Luz estaba bien guardado en la saca, se colocó bien el casco y soportó las sacas de bienes sobre el hombro izquierdo. Aguardaron en la estación de vagonetas donde un hombre accionaba unas palancas que regulaban el paso de las mismas mientras otro par de vigías paseaban por un paso elevado como segu-

ridad añadida en las zonas de acceso, vigilando que todo funcionase correctamente y que el tráfico fuese fluido. Había seis controles como esos distribuidos en la ladera de la montaña, así lo había querido el pueblo y Zackary el Generoso lo cumplió. Los campesinos dejaron primero sus bártulos en la vagoneta y subieron el escalón que se encontraba en la parte anterior de la carreta. Se agarraron con firmeza antes de empezar a ascender por la montaña. La altura les ofrecía una mejor perspectiva de la ciudad: los tejados ovalados y verdes parecían más limpios y las chimeneas de las herrerías extraían mejor los humos al exterior. Todo parecía estar funcionando a la perfección.

Una fila larga de vagonetas descendió por su lado. Había seis vagones unidos entre sí por cadenas enganchadas en las anillas en la parte posterior y anterior de cada uno. Solo un hombre las conducía controlando el freno cuando llegaba a una curva y manteniendo un suave descenso en todo momento. Se detuvo junto a la vagoneta de los campesinos haciendo señas y ellos accionaron la palanca del freno.

—Cuando crucéis las puertas, veréis los raíles que conducen al fondo de las galerías —anunció—. En el lado izquierdo se encuentran los vagones de pasajeros para circular por el interior de los túneles. No os preocupéis, después de esta subida, el resto es todo bajada. Buena suerte.

—¿Pero qué camino...? —Donald se quedó con la palabra en la boca. El minero soltó el freno y siguió descendiendo junto a la mercancía recogida. Ocho campanadas resonaron desde el templo y la villa resplandecía en el crepúsculo de aquel día de una avanzada primavera.

El traqueteo metálico del vagón sobre las vías era un sonido que los campesinos habían conseguido obviar y asimilar como algo natural. Ya no les era molesto ni les distraía de otras even-

tualidades con las que el viaje les pudiese sorprender. Ronald usó una mano como visera para protegerse del sol y la otra para llamar la atención de otro minero que trabajaba maniobrando los elevadores. El hombre miró a los campesinos a través de unas lentes transparentes que le proporcionaban protección contra el polvo que expulsaba la máquina y tiró de una palanca. La vagoneta de los campesinos se incorporó en una nueva vía y avanzó hacia el montacargas. Unas gruesas barras de madera reforzadas con metal la sujetaron por ambos lados y el hombre hizo una señal con la mano para que soltasen las palancas de dirección de su vagón.

—No toquéis nada hasta que lleguéis al siguiente nivel, las cuerdas deben estar muy tensas y si hacéis algún movimiento podría encallarse.

—Disculpe, señor, una vez dentro de las minas y cojamos el vagón de trabajadores, ¿hacia dónde debemos dirigirnos para encontrar la salida del otro lado de la montaña?

—El carril principal sigue recto cruzando diferentes niveles de extracción y almacenaje. Los desvíos llevan a zonas de trabajo y no os interesa deteneros, debéis cruzar rápido la montaña —El minero tosió levemente y musitó para sí—: Maldito sea este polvo.

La vagoneta empezó a ascender tirada por cuatro gruesas cuerdas hasta el siguiente nivel. La vista era cada vez más espectacular, pero más allá del Piggert no podían distinguir nada. Forbbings parecía haber desaparecido tras el horizonte.

Tal y como les indicó el primer trabajador, al cruzar la entrada de las minas vislumbraron justo enfrente un largo túnel alumbrado con algunos faroles. A su diestra se juntaban varios hombres que sacaban una carreta de una sala que parecía ser un pequeño taller para reparaciones de emergencia. Caminaron hacia la dirección opuesta y encontraron los vagones de trans-

porte de personal. Un cartel lo acreditaba y, además, había indicadas unas claras y sencillas instrucciones de uso:

1. Regulen la palanca de dirección segundos antes del cambio de carril según el nivel a acceder.
2. Aminoren la velocidad en las zonas indicadas.
3. Manténganse en el interior del vagón, y no salgan hasta que no esté totalmente detenido.
4. Conserve el farol encendido durante todo el recorrido.

—Debe tratarse de una de las nuevas reformas del rey Zacary—observó Ronald, sorprendido al ver con qué rapidez las habían llevado a cabo.

—Eso parece—respondió Donald—. Cuelga el candil de esa argolla, Ron.

Un trabajador les asignó una vagoneta y les preguntó si habían entendido las instrucciones. Ellos asintieron. Con un gesto de la mano, el trabajador les invitó a ocupar el vehículo. En primer lugar, introdujeron su equipaje dentro del vagón. El interior estaba limpio y repintado de un color oscuro, aunque no pudieron aclarar si era un marrón o un tono ciruela. Una flecha indicaba la dirección hacia la cual debían tirar de la palanca para soltar el freno e iniciar su descenso a las minas. Las vías no estaban todavía reformadas, estaban desgastadas y se observaban traviesas partidas en la trayectoria de la vía. La toma de contacto, aun así, no fue tan mala, pues ellos esperaban algo peor. Los primeros pasos fueron un escándalo. Las ruedas chirriaron sobre el metal áspero y oxidado. La carretilla pareció volcarse en el primer recodo y Donald tuvo que hacer actuar al torniquete de nuevo, produciendo otro ruidoso gemido. Una vez colocados en sus posiciones, Ronald en la dirección y Donald en el control de velocidad, se adentraron en las cavidades de la montaña.



En el primer nivel, tras pasar un estrecho túnel de escarpadas paredes, encontraron un puesto avanzado de material. Allí los hombres, todos engalanados con los nuevos uniformes, recogían las herramientas de trabajo. Podían ver que uno de los carriles se dirigía al fondo de aquella ancha estancia iluminada, cruzaba un portal y descendía hacia un nivel inferior. El letrero advertía: «Nivel dos, metales pesados.» Una indicación informaba a quien se adentraba que debía llevar más cuidado en esa sección con tal de no respirar el ambiente tóxico que había abajo en el área de extracción de minerales. Un largo corredor se extendía más allá, y, sin darse cuenta, comenzaron a acelerar. Más adelante, observaron una señal de peligro. En efecto, estaban atravesando un importante desnivel. Gracias a la luz de los faroles colgados en el paso, vieron cómo la vía descendía y giraba. Don redujo la velocidad para evitar movimientos bruscos y pasaron de la vía a unos encajes metálicos superpuestos sobre las traviesas de dudosa resistencia. Contuvieron la respiración mientras el vagón cruzaba lentamente el tramo y suspiraron aliviados cuando regresaron a la tranquila inestabilidad de las firmes vías. Después se agacharon un poco, pues, advertidos por la luz del candil, el techo se volvía más bajo a partir de ahí. Notaron frías gotas que caían del techo sobre sus manos, que sostenían los dispositivos de dirección y velocidad.

Más allá se encontraba el nivel tres, donde pudieron escuchar el sonido de las picas contra los yacimientos de minerales. Cuando se dejaron ver tras las sombras del oscuro lugar, muchos de los mineros giraron la cabeza y se dirigieron a los campesinos cordialmente. Ronald saludó y todos le respondieron. Donald suspiró, algo avergonzado. En el carril contiguo, un grupo de vagones pasó en dirección opuesta a ellos. Su conductor les indicó que se detuviesen, y así lo hicieron.

—Aunque el final está lejos, debéis ser advertidos. Seguid todo recto ya que sólo pueden acceder a los niveles los que son trabajadores. En el desvío hacia la ladera oeste de las minas, debéis ir con suma precaución pues es un camino difícil. Accionad el mecanismo de dirección hacia vuestra mano izquierda. Izquierda, ¿de acuerdo? El descenso es algo brusco, una caída podría ser fatal, así que convendría que os deslizarais con cautela—señaló, frunciendo el ceño.

Agradecieron las indicaciones del trabajador y continuaron su camino. Los demás mineros estaban por sus tareas, aunque algunos les dirigían la mirada cuando ellos pasaban cerca. Los campesinos pensaron en lo duro que debía haber sido su trabajo durante la cruel época de Zackary el maldito. Llevaría años reparar el dolor y la angustia que todavía pesaba en su mente y en sus débiles cuerpos.

Donald repetía para sí las órdenes explícitas de aquel trabajador: «Accionad el mecanismo de dirección hacia vuestra mano izquierda.» Aunque fuera simple más valía no olvidar los detalles. Los campesinos ya habían pasado de largo los cruces del nivel tres y el nivel cuatro cuando el sendero comenzó a ensancharse. Seguramente tiempo atrás sería fácil perderse en aquel laberinto de galerías y túneles, pero todo estaba señalizado debidamente, y, una vez en la vía, seguir el camino era lo más sencillo: sólo había que dejarse llevar. Las galerías eran profundas y de techo bajo; candiles colgados de las paredes y algunas antorchas que se movían en el fondo de las cámaras iluminaban la roca húmeda. Donald se secó la frente con la mano. Empezaron a notar un cambio en el aire, poco a poco iban pasando del frío al calor.

Habían pasado el último cruce para acceder a las vetas minutos antes y proseguían en línea recta por el raíl principal. En un instante, el farol de la vagoneta se tambaleó. El suelo se ha-

bía movido. Ronald se aferró a los bordes de la vagoneta, intranquilo. ¿Había sido del traqueteo de la marcha o realmente la montaña había temblado?

—Creo que deberíamos frenar, Don. Escucha —dijo Ron—. Los mineros parecen estar dando instrucciones.

Don cogió la palanca de freno y tiró con suavidad. Las ruedas chirriaron y la vagoneta fue perdiendo velocidad. La luz osciló y las sombras que ellos proyectaban se movieron en las ondeantes rocas. Su desdicha comenzó cuando notaron pequeñas piedras que caían del lúgubre techo. Ya no quedaban mineros a la vista y el camino descendía cada vez más. Los campesinos miraban a su alrededor con temor. Donald sintió una punzada en la rodilla y gimió. Ron se giró y le preguntó a su compañero si se encontraba bien. Intuía que algo no acababa de marchar. Otra sacudida hizo caer a Donald de su posición y que soltase la palanca. El vagón comenzó a descender por las vías de forma descontrolada.

—Donald, ¿estás bien? —preguntó Ron. Su compañero se había dado un golpe en la cabeza y no reaccionaba—. ¡Contesta, por mil jirones de bufón! Debo parar esta máquina endemoniada. —Pasó por encima de Donald y alargó la mano para llegar al freno.

—Acciona el freno, aprisa —balbuceó Donald recobrando el sentido.

Al parecer, una pequeña piedra había entrado en el mecanismo, impidiendo que Ron pudiese hacer nada para mover la palanca. El vagón traqueteaba bruscamente mientras se deslizaba por la vía hacia un destino desconocido. Sus esfuerzos eran inútiles. Cada vez iban más deprisa y la llama del candil se apagó justo antes de hacer un giro a la derecha. Ronald no podía distinguir nada en la oscuridad; sin embargo, ya tenía bien amarrado el freno. Hizo un último esfuerzo, como si agotase su úl-

timo suspiro en aquel intento. Y entonces la vagoneta colisionó bruscamente lanzando a los campesinos contra los reforzados cantos del artefacto, dejándolos inconscientes.

Aquel movimiento sísmico había llegado también a zarrandear las obras que se estaban produciendo al este de la Ciudad de las Minas. Las estructuras de madera y de piedras se habían derrumbado estrepitosamente ante la atónita mirada del consejero real. Matthew Mapertson, que supervisaba la obra, había avisado enseguida al rey, quien sugirió atender a los heridos y tratar de reconstruir mejores andamios. Edward le aconsejó que a partir de entonces se usara solamente madera ya que las piedras, al ser de mayor peso, serían también más inestables y si le cayese a alguien en la cabeza, podría ser mortal. ¿Tendría eso algo que ver con la terrible maldición de Forbbings? Con el corazón en un puño, los habitantes de las minas miraban con recelo a la montaña. Aquella sacudida era un aviso, una alarma. Quién sabía qué podría pasar en unos días.

Ronald se despertó, había perdido el sentido y su cabeza daba vueltas. No sabía cuánto tiempo llevaban allí y tampoco se acordaba del brusco golpe contra la vagoneta. Sólo veía oscuridad a ambos lados de la vía. Donald todavía tenía los ojos cerrados. Le sacudió un poco del hombro, pero no respondió. Pidió auxilio, pero parecía que se encontraban lejos del resto de la gente. Seguramente ellos también debieron notar el temblor. Estaban solos, sin luz y confundidos. El eco resonó como una respuesta burlona de las sombras que les rodeaban. No podía vislumbrar nada en aquel lugar. Se levantó a tientas dentro de la vagoneta y bajó a las vías para ver con lo que habían colisionado. Una roca desprendida estaba en medio de la vía. Ron la agarró con fuerza y la arrastró fuera del paso exhalando un grito de rabia. La piedra dio un golpe seco y cayó rodando más adelante.

—¿Ronald? —dijo una voz tras él—. ¡Oh, qué golpe!

—Donald, al fin te recuperaste. ¿Cómo te encuentras? —preguntó Ron.

—Estoy algo mareado, pero bien. Está muy oscuro...

Aquel impacto había provocado que la minúscula piedra que bloqueaba el freno fuera desencajada de los engranajes. Donald trató de incorporarse, pero al tiempo que lo hacía, vio que se estaba apoyando en la palanca de velocidad y el vagón comenzó a caminar. El traqueteo alarmó al campesino, atrapado dentro del vagón, y su compañero se quedó atrás tratando de seguir el sonido chirriante de la vagoneta en la oscuridad. Ron tropezaba constantemente con la vía y las piedras desprendidas sin poder avanzar con presteza, mientras Donald se alejaba cada vez más deprisa. Por otro lado, el movimiento del vagón provocó que el guijarro volviera a introducirse en los encajes del mecanismo.

—¡Ronald, se ha vuelto a atrancar el freno!—exclamó Donald—. ¡Esto no se puede parar!

—¡Por mil jirones de bufón! ¡Vuelve a encender el candil, con los pedernales! —dijo Ron, ya corriendo tras el vagón.

—¿Dónde están? —preguntó.

Donald siguió las instrucciones que Ron le indicaba: rebuscó dentro de la mochila y en los bolsillos laterales, pero en la oscuridad era muy difícil encontrar nada. Palpó algo duro, parecía que los había encontrado, pero sólo eran dos trozos de pan de avena crujientes. Seguramente se había equivocado de bolsa. Mientras tanto, el vagón se alejaba de la dirección correcta y la voz de su compañero cada vez se oía más lejana y más distorsionada por la acústica del túnel. Donald giró la cabeza para decirle a Ron que seguía buscando, pero que no podía ver nada. Al fin, sacó el eslabón y el pedernal y agarró el candil. Chasqueó la piedra contra el metal con rapidez y cuidado de no quemarse hasta que una chispa saltó y volvió a encender el farol. Dejó

el material sobre las sacas y, enseguida, extendió su brazo por la parte anterior de la vagoneta sosteniendo la luz con tesón.

—¡Ronald, date prisa! —exclamó Donald a la oscuridad.

Con el afán de encontrar a su amigo, no se percató de que se encontraba cerca del último desvío. Pasó de largo una señal de velocidad y después otra indicación que no pudo leer.

«Peligro, no pasar.»

El vagón redujo la velocidad levemente. Donald se dio cuenta de que la estancia se había vuelto más estrecha y más baja; algo extraño pasaba. Pronto cayó en la cuenta: estaba en un camino diferente, había tomado una vía divergente a la que iban. Quizás era la errónea. Delante se encendía, poco a poco, una luz que, más que aumentar la luz, solo disminuyó la negrura. Temiendo haber cogido el sendero equivocado, prefirió no correr riesgos.

Debía abandonar la vagoneta.

Había demasiado equipaje y no podía dejarlo dentro. Trató de colocar las bolsas fuera del vagón lenta y cuidadosamente, mas los bártulos terminaron rodando sobre el suelo esparciendo el contenido. Debía saltar, no sabía si debía hacerlo, pero, al menos, regresaría con su amigo y él podría seguir el rastro de bienes. En uno de los sacos tenía el Sombrero de Luz, elemento del que no quería despegarse por nada del mundo. Se quitó el casco y se puso el sombrero de su padre. Al instante, este se encajó sobre su cabeza a la perfección; ni siquiera el viento que resoplaba en el túnel era capaz de arrancárselo. Cuando terminó de desperdigar la carga, sólo quedaba él dentro. Los giros bruscos no le permitían una posición segura para realizar el salto. No se sentía cómodo, ni preparado, tenía miedo. Un pequeño bache le hizo titubear y cayó sentado en el interior. No sabía de cuánto tiempo disponía, así que cogió impulso y saltó desde el borde del vagón justo en el momento en el que la vía termina-

ba y comenzaba el abismo. Alargó los brazos y se sujetó en un trozo de raíl que colgaba. Estaba bien aferrado a los travesaños, pero el miedo lo paralizó. Al parecer, aquella zona todavía no había sido reformada por el monarca.

Sintió un cosquilleo subiendo por su espalda, llegando hasta la punta de los dedos, y se estremeció al sentir el latido de su corazón que aceleraba por momentos. Sentía sus sienes palpitar con ímpetu. En el fondo del vacío, una luz comenzaba a surgir de las sombras. Procuró no mirar hacia abajo pero no pudo evitarlo. «Allí abajo veo una luz, es la muerte», pensó. Su tez se volvió pálida y el sudor que resbalaba por su frente era frío. Mientras, el vagón caía y golpeaba contra la roca dura, dando la sensación de que, durante su caída libre hacia la nada, no dejaba de gritar.

Don Talonne temblaba, sus ojos estaban llenos de lágrimas. La mente le hostigó mostrando al campesino todos sus recuerdos al mismo tiempo. Aquello no podía ser el fin. Sentía que ya no podía aguantar más, y, entonces, una voz que del profundo agujero provenía le llamó.

—Donald, sólo tienes que lanzarlo —decía—. Dámelo, suéltalo.

Trató de no hacer caso, cerró los ojos y se centró, evadiendo aquellos mensajes. ¿A qué se refería aquella voz? Él no tenía nada que perteneciese al Mal, no comprendía aquellas palabras que se repetían dentro de su cabeza.

—Si lo sueltas todo irá bien, no tendrás que preocuparte —le insistía la tétrica voz—. ¡Pero, cuidado, no te vayas a caer! —y estalló en una carcajada.

Otro terremoto hizo que varias rocas se desprendiesen sobre él. Se le venían encima y su fuerza menguaba a medida que sus doloridos dedos iban resbalando. El polvo cubrió su visión y los ojos le escocían. No podía rascarse sin soltarse y por lo tan-

to caer al pozo sin fin. Aquella voz que había resonado en su cabeza le resultaba familiar, era parecida a la que escuchaba en sus pesadillas. Pero no comprendía por qué la estaba oyendo en aquel momento. ¿Estaba ahí abajo realmente lo que el mago les había explicado? ¿Era esa luz la entrada al Paraje Escondido?

—Está a punto de llover fuego, de llover mucho, para luego no quedar nada —suspiró una voz cerca de su oído.

Las palabras se repitieron en la mente del campesino a medida que sus fuerzas menguaban y perdía su aliento. Si estaba en lo cierto y comprendía bien lo que había escuchado, debían marcharse de allí lo antes posible. Hizo un esfuerzo y extendió su mano hasta llegar a la siguiente traviesa, tomó aire y alcanzó la siguiente, aspiró y su mano agarró otra mano; su vista encontró a Ronald y su boca dibujó una sonrisa.

—Creí que jamás podría alcanzarte —dijo Ronald, cansado—. Cuando advertí que la luz desaparecía por el túnel, temí no poder seguir tu rastro —el campesino estaba arrodillado para poder agarrar a su compañero de los brazos.

—Entonces... suerte que fui dejando el equipaje por el camino —dijo Donald dando patadas a la pared rocosa para escalar—. ¡Pero, venga, salgamos de aquí! Creo que la montaña está a punto de convertirse en un feroz volcán.

Siguieron hablando mientras andaban por la vía. Fueron recogiendo los bártulos desperdigados; Donald sostenía el candel, que era lo último que había arrojado. En un solo trayecto habían incumplido todas las indicaciones que en la entrada habían leído, pero aun así seguían con vida. Ronald quiso saber qué había producido aquel terremoto. Don, confundido, le contó que había oído una voz tenebrosa que provenía del fondo del abismo. Le había llamado por su nombre y codiciaba algo que él poseía. Las minas estaban a punto de convertirse en polvo y ceniza.



Llegaron a la bifurcación y prosiguieron por el pasaje correcto. A medida que avanzaban, el calor empeoraba. Unos metros más allá estaba el gran foso. En la gigantesca abertura vieron cómo los raíles bajaban en círculos por los caminos que rodeaban la pared. Una antigua estacada hecha de madera ligera y que, en la parte exterior, tenía adicionadas redes confeccionadas con lana gruesa de oveja, bordeaba el linde abismal del pasaje estrecho. Pensaron en lo fácil y corto que hubiera sido aquel trayecto si no hubiesen perdido el carro, mas a pie era una larga caminata.

Ron, en cabeza, iba iluminando aquel lugar con el farol. Los murciélagos reposaban en el alto e invisible techo y lo observaban con inquietud. Temiendo que sus sombras se diluyesen en la oscuridad, los campesinos agilizaron el paso en los siguientes tramos. La ladera oeste aún estaba por recorrer.